Lafrita, que estaba allí desde hacía un momento escribiendo un suelto en uno de los extremos de la mesa, dijo indiferente:

—¿Le han sableado? ¡Esos sablistas! ¡Qué plaga!

En las salas de redacción las paredes oyen, y Lafrita estaba ya al corriente de lo ocurrido.

Era su oficio estar bien informado...

CAPITULO II

ORACIONES FÚNEBRES

CONDUCÍAN a su última morada al conde Lardillon de Lestrivière, o por lo menos, a lo que había quedado de él. Era un gran entierro, un lujoso entierro de primera clase. Como el difunto había, en vida, amado mucho a los caballos, engancharon seis a su carroza fúnebre.

La carroza iba literalmente cubierta de coronas, ornadas con las más halagadoras inscripciones. Una corona de la Sociedad Hípica del Sena, «A su fiel comisario»; una corona ofrecida por los empleados de las Apuestas mutuas; una corona del Ministerio de Agricultura, «Al eminente mejorador de la raza caballar, al distinguido adductor de nuestras aguas potables»; una corona de *El Gran Diario*, que aprovecha la ocasión de un reclamo magnífico (el pobre conde soportaba sobre su carroza fúnebre esta invitación, apenas disimulada: «Leed todos *El Gran Diario*»).

Pero lo que más se destacaba entre todas aquellas magníficas flores era una horrible corona de florecillas amarillas, una corona de dos francos, enviada por *Buif*.

Buif no cedió y exigió que su regalo fuera colocado en medio de los otros. Todo lo que de él pudo obtenerse es que suprimiera la inscripción en grandes letras que había hecho poner, y que rezaba:

A MI VÍCTIMA

Al entierro asistió numeroso público. Todos los propietarios de toda edad, sexo y rango, se creyeron obligados a seguir el féretro desde la casa mortuoria, en San Pierre-de-Chaillot, al cementerio del Père Lachaise, siguiendo las fortificaciones. Nadie se retiró y, hasta para esta especial circunstancia, el ministro de Agricultura había obtenido de su colega el ministro del Interior una medida de clemencia en favor del señor Legre-Ducercle, el simpático propietario del célebre caballo *Filósofo*, que veraneaba en la cárcel y que fué puesto en libertad antes de cumplir su pena. Mientras le llegaba el día de formar parte de una comitiva destinada a Cayena, figuraba en la del entierro del conde Lardillon de Lestrivière. El entierro hubiera sido una de las reuniones mundanas más cumplidas y alegres de la temporada, sin una desgraciada circunstancia que comprometió su éxito.

En efecto, la familia, de acuerdo con la casa Bornigolle (que tenía un verdadero interés comercial en que la ceremonia se desarrollara con pompa ante el mayor número posible de espectadores), había fijado las exequias para la una de la tarde. Dado que los artistas de más renombre de la Opera debían cantar durante la ceremonia religiosa los trozos más largos de su repertorio; dado que de la iglesia al cementerio el trayecto era considerable, no era posible llegar al Père Lachaise antes de las tres y media. Y una vez allí había que aguantar todavía un discurso del presidente de la Sociedad Hípica del Sena, otro del representante del ministro... otro del de los *jockeys*... Nadie se atrevería a substraerse... Las conveniencias mundanas son imperiosas, y los asistentes estaban allí para vigilarse los unos a los otros.

En vista de todo esto, la ceremonia duraría hasta las cuatro, por lo menos, y, precisamente, el día en que enterraban al conde Lardillon de Lestrivière había carreras en Longchamp.

La mayoría de los propietarios que asistían al entierro tenían caballos inscritos en el Bosque de Bolonia, y todos los *sportsmen* habrían de renunciar a vigilar sus intereses y a ver correr sus caballos. Estos cuidados preciosos habían sido dejados en manos amigas o mercenarias, y todo el mundo sabe que en las carreras hay que desconfiar de las manos mercenarias, y mucho más de las amigas.

Esta era la razón de que todos los asistentes se sintieran nerviosos.

El asesino del conde de Lestrivière no tenía lo que se llama una buena Prensa, y hasta se censuraba un tanto al conde de Lestrivière por haberse dejado cortar en pedazos, y especialmente por hacerse enterrar mientras los caballos corrían en Longchamp. Era una falta de tacto.

—¡Qué fastidio! ¡Pero qué fastidio!—gruñía el viejo barón de Santa Flor, que cojeaba lastimosamente—. Mi entrenador, que es un cretino, no sabrá dar instrucciones razonables a Weggs para la carrera en que toma parte mi caballo. Una vez más, Weggs saldrá el primero y llegará el último, en vez de tomar ventaja en los últimos cien metros... ¡Cuando uno no vigila!...

—¡Ya lo creo!—contestó Rignol-Leroux-. El conde de Lestrivière era un hombre encantador, pero realmente...

—¡Cómo! ¿Viene usted provisto de un devocionario para seguir el oficio religioso?

—No; son mis gemelos de carreras, que oculto en el bolsillo interior de mi abrigo... Tenía intención de evadirme... Tal vez en un auto aún pueda llegar para la tercera carrera.

—Se notaría su ausencia y quedaría usted descalificado... Pero tendremos noticias... He dado orden para que me envíen el resultado carrera por carrera.

—¿Por telegrafía sin hilos?

—Por ciclistas especiales. He dejado indicado el itinerario. Dígame, ¿no es el señor Muller, el *handicapeur* de la *Sociedad Hípica*, el que va delante de nosotros?

—Sí. Sostiene una interesante conversación con el joven Saint-Ernest, al que hace la corte para el próximo *handicap*. ¡Qué intrigante es ese hombrecillo! Siempre encuentra el medio de que le den pesos ventajosos. Sus caballos siempre se conducen de una manera vergonzosa.

—No ganan nunca.

—Porque él no quiere.

—Entonces es que no le interesa ganar y, en ese caso, no sé por qué se toma tanto trabajo para conseguir pesos de favor.

El barón de Saint-Flour, en vez de contestar a esta observación embarazosa, dejó al señor Rignol-Leroux y maniobró para aproximarse al señor Muller.

El *handicapeur* de la Sociedad Hípica había conseguido librarse del joven Saint-Ernest, pero era impotente contra el nuevo asaltante.

Claro está que estas maniobras se hacían discretamente. Todos eran gentes bien educadas; el cortejo seguía en un orden perfecto, edificante. Las personas que cambiaban de sitio lo hacían sin empujar, mediante sabios deslizamientos, escabullándose entre las filas, de suerte que los transeuntes, al descubrirse ante el féretro, estaban persuadidos de que el acompañamiento sólo hablaba de las vir-

tudes del difunto, y se maravillaba de los numerosos amigos que tenía el conde Lardillon de Lestrivière.

—¡Buenos días, señor Muller!—dijo el barón de Saint-Flour—. Felicito a usted por el éxito del *handicap* de Pont-Euxin. ¡Cuatro caballos triunfantes! ¡Qué éxito!... Todas mis felicitaciones, tanto más desinteresadas cuanto que retiré mi caballo, inmediatamente que se hicieron públicos los pesos. Entre nosotros, se le corrió a usted la mano con mi pobre *Dromadaire*... ¡Se puede decir que le puso usted fuera de toda posibilidad de correr!...

—¡Qué triste fin ha tenido este pobre conde Lardillon de Lestrivière!—respondió el señor Muller, determinado a hacerse el desentendido.

Pero el barón de Saint-Flour no se desanimó.

—Después de todo, *Dromadaire* ha ganado en total un premio de cuatro mil francos este año, y no veo por qué usted le puso cincuenta y cuatro kilos, mientras que, por ejemplo...

—¡Oh, oh!—dijo el señor Muller extendiendo delante de sí su mano enguantada—, me parece haber sentido una gota de agua. Nos vamos a mojar antes de llegar al cementerio...

—Precisamente. Es lo que yo iba a decirle. *Dromadaire* no corre bien en terreno húmedo... Espero que para el premio de *Gros Caillou*, cuyos pesos no se han hecho públicos todavía, usted...

—¿Es el señor de Ripolin, yerno del pobre conde, quien preside el duelo? Me han dicho que ofrece veinte mil francos de recompensa a quien descubra al asesino.

—¡Ya son algo veinte mil francos! Una bonita suma para un *handicap* y para el presupuesto de un propietario de cuadras comido por los gastos. Es muy duro de renunciar por anticipado a toda esperanza de participar en el *handicap* a causa de una severidad injustificable de parte del *handicaper*...

El pobre señor Muller, completamente desamparado, iba a ceder para librarse de aquel pelma y hacerle una de esas promesas que arrastran en un engranaje fatal al imprudente que las hace, cuando vió, cerca de él, al doctor Boudon. El doctor Boudon, correcto y frío, tieso como un autómata, parecía llevar siempre bajo la axila un termómetro.

Muller se asió—en el sentido literal de la palabra—a esta tabla de salvación, y con voz clara, pero de un tono confidencial que obligó a eclipsarse al barón de Saint Flour.

—Doctor, un consejo. La comida me repite, particularmente cuando abuso de los rábanos. Además, los intestinos...

Ahora el señor Muller estaba ya fuera de peligro. Varios propietarios de cuadras que corrían hacia él juzgaron inútil prolongar su esfuerzo, y el *handicaper* pudo llegar al cementerio sin nuevas amenazas.

Entretanto, el señor Legre-Ducercle, el simpático propietario de *Filósofo*, no perdía el tiempo. Daba noticias de su salud a gentes que no le pregunta-

ban nada y refería su reciente viaje a Oriente a otros que sabían muy bien que acababa de salir de la cárcel aquella misma mañana. Recogía adhesiones para un gran club del que, según decía, le habían nombrado presidente, y en el cual se jugaba fuerte todas las noches. Legre-Ducercle había comenzado su carrera presidiendo partidas que se jugaban con tres cartas debajo de un paraguas abierto y nada había perdido de su destreza para el escamoteo desde que se vestía de frac para operar. Había progresado, nada más. Gracias a ciertas relaciones preciosas que supo utilizar, viajaba ahora en auto, entre dos policías de la brigada mundana, en ciertas horas difíciles de su vida, en vez de ir en el coche celular entre dos groseros agentes. Además, en la cárcel, siempre ocupa una celda en el departamento de políticos.

Inmediatamente después del coche fúnebre iban dos sepultureros que parecían correctos y silenciosos (no es por hacer un reclamo a la casa Boringolle, pero he de decir que sus empleados son imponentes y correctos hasta el extremo de que es un verdadero placer que le entierren a uno personas tan concienzudas).

En realidad los dos sepultureros hablaban como el resto de la comitiva. Gracias a un largo entrenamiento, los sepultureros consiguen hablar sin abrir la boca y sin que se les oiga. Exteriormente no se nota nada y, desde el punto de vista de las conveniencias, es lo mismo que si no hablaran.

He aquí lo que decían los sepultureros:

—Yo he jugado en la taberna 2,50 ganador y 2,50 colocado.

—¿A *Teorema?*

—Desde luego; ganará seguramente. Se lo he oído decir a Hexam mientras sacábamos el féretro. Estaba borracho perdido y por eso se ha ido de la lengua...

—¡Claro! Un entrenador no descubre así como así las martingalas, a menos que esté borracho... También podía haber escogido otro día para empinar el codo...

—Para las gentes honradas todos los días son buenos... A propósito: ¿has visto a la mujer de Hexam? ¡Qué cara! Si parecía ella la viuda...

—Eso dicen—afirmó el otro sepulturero con dignidad—. Una persona de tacto no se habría dejado ver...

—¡Mucho ojo!

El representante de la casa Boringolle volvía, en efecto, la cabeza y comprobó con satisfacción la actitud irreprochable de sus dos empleados, que, observando el más decente mutismo, marchaban con la cabeza baja, vigilando atentamente la progresión alternativa de sus pies calzados con groseras botas.

—¿Crees que pagará bien *Teorema?*—preguntó el primer sepulturero cuando el representante volvió la cabeza al otro lado en el que se encontraban ya su pecho, su abdomen y los dedos de sus pies.

—Su triunfo lo pronostican muchos periódicos. Creo que pagará unos veinte francos y hasta tal vez menos, porque la taquilla de cincuenta francos vende billetes como si todo el mundo estuviera en el secreto. Yo habría jugado más de un duro si los negocios marcharan bien; pero esta semana los clientes han sido tacaños. Las propinas han sido insignificantes. ¡Si parece que se llevan el dinero a la sepultura!

—¡Que la tierra les sea leve!

Los sepultureros de la casa Boringolle no eran los únicos a quienes interesaba *Teorema*. Corría una enorme martingala, a propósito de este caballo, entre todos los asistentes al entierro. Comenzó a divulgarse a la una de la tarde, a consecuencia de una frase pronunciada por el entrenador Hexam, en tono más alto del que las circunstancias permitían, durante la ceremonia religiosa. Esta frase circuló inmediatamente de boca en boca con acompañamiento del órgano y música del *Dies iræ*, lo que demuestra que preocupaciones muy profanas franquean, a veces, el umbral de las iglesias y, por otra parte, que el becerro de oro continúa en pie.

A partir de aquel momento, los asistentes, imposibilitados por los motivos expuestos anteriormente de ir personalmente a las taquillas de Longchamp, habían despachado hacia el bosque de Bolonia rápidos emisarios portadores de sumas importantes.

Estos emisarios pertenecían a la corporación de mayordomos, esos caballeros que, enfundados en

sus libreas, bostezan hasta desarticularse las mandíbulas. Acogieron alegres la oportunidad que se les brindaba de estirarse los brazos, que, de la mañana a la noche, guardan cruzados... El trabajo que se les pedía no era superior a sus fuerzas, pues, en suma, un billete de apuestas, aunque sea de cien francos, pesa menos que una escupidera.

La carrera en que debía triunfar *Teorema* era la tercera del programa. Así, hacia las cuatro de la tarde, al desembocar en el bulevar Voltaire el cortejo del difunto conde Lardillon de Lestrivière, todo el mundo dejaba ver su impaciencia... Se sabía que el *botones* del barón Saint Flour estaba encargado de correr con el resultado al encuentro de la fúnebre comitiva, y todos los asistentes volvían la cabeza cada vez que se dejaba oir la bocina de una bicicleta.

—¡Con tal que no hayan atropellado a ese muchacho!—decía el viejo barón con una solicitud tanto más enternecedora cuanto que dos meses antes sólo pudieron arrancarle cinco francos para una suscripción abierta a favor de un *jockey* que se había lisiado al servicio del barón.

Y añadió, para precisar el fondo de su pensamiento:

—Es que juego dos mil francos a *Teorema*.

El señor Rignol-Leroux emitió una hipótesis optimista:

—Tal vez se ha esperado para cobrar los billetes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Ahí está!

En efecto, un joven ciclista que ostentaba los colores de la cuadra del barón Saint Flour, remontaba el cortejo buscando a su amo con la mirada. Cuando lo descubrió saltó de su máquina y se aproximó a él directamente.

—¿Qué? — preguntó el barón poniéndose la mano enguantada delante de la boca para no sostener ostensiblemente conversación con su *botones*, verdadera prueba de tacto, de la que sólo son capaces las gentes verdaderamente bien nacidas.

—*Teorema* ha ganado, señor barón; ha ganado de dos cuerpos.

—¿Cuánto paga?

—Creo que 23/4.

—¿No has cobrado?

—No, señor barón; ni siquiera he esperado a que fijaran el nombre del ganador. Como el señor barón me encargó que viniera corriendo a decirle el resultado...

—Está bien.

La buena nueva corrió de boca en boca, devolviendo a la asistencia la alegría y buen humor que comenzaba a disminuir.

Algunos que ganaban sumas respetables se pusieron a tararear canciones picarescas.

En cuanto a Hexam, manifestó su alegría según el rito habitual, y se preparó a festejar la victoria, como tenía por costumbre festejar todos los ganadores, sea cual fuere su peso, sus colores o sus

premios. Es decir, que dió sobre la espalda del caballero que le precedía, una palmada capaz de derribar un toro, al mismo tiempo que proponía alegremente:

—¡Vamos a tomar una copa!

El caballero volvió hacia Hexam su rostro indignado, y entonces se dió cuenta Hexam de que era el doctor Boudon, que jamás bebía alcohol porque, según la expresión de *Buif*, el doctor Boudon era un *purista* (quería decir un puritano)...; el doctor Boudon, que jamás acertaba un caballo, por la sencilla razón de que jamás le había visto nadie en las carreras; el doctor Boudon, el único personaje presente que no se interesaba por la victoria de *Teorema*, cuya existencia ignoraba probablemente.

Pero Hexam no se alteró por tan poca cosa.

—Si no basta una copa, tomaremos dos... ¿Es que teme usted no llegar a tiempo al cementerio? Vamos sencillamente al bar, allí, a la izquierda, y luego alcanzamos en nada de tiempo al entierro... De todas maneras va muy despacio... No; ¿no quiere usted?... ¡Pues voy yo solo!

Y, sin respeto humano, se alejó muy digno.

Menos de cinco minutos después estaba de vuelta, la fisonomía trastornada, los ojos desorbitados, y corriendo hacia el barón de Saint Flour:

—¡Señor barón—le dijo con voz aterrada—, *Teorema* no ha ganado!

El barón, que lo primero que percibió fué el intenso perfume de alcohol que despedía el entrena-

dor, prestó al principio poca atención a lo que le decía.

—Lo mejor que puedes hacer es volverte a tu casa inmediatamente. Precisamente, a las seis hay un tren para Maisons.

Hexam insistió:

—¡Que no ha ganado *Teorema!* He visto un telegrama en el bar, señor barón. El bar recibe los telegramas de *París-Sport*, carrera por carrera.

—Pero habrás visto mal. No hay duda de que por el momento tienes la vista turbia. Desde el momento que yo conozco el resultado por mi *botones*, quevenía de Longchamp, debes comprender...

—¡Pero si todavía no habían puesto el nombre del ganador! *Teorema* ha ganado, en efecto; pero ha sido distanciado, no tenía el peso...

El barón de Saint Flour comenzó a inquietarse; pero en aquel momento llegó de Longchamp un nuevo emisario que confirmó la fatal noticia... Hexam había desaparecido de nuevo porque solía consolarse de sus decepciones de la misma manera que festejaba las alegrías, y como la Providencia había colocado numerosos bares en todo el trayecto, podía consolarse sin perder tiempo.

De memoria de guardas del Père Lachaise jamás se vió asistencia más afligida y lúgubre que la que franqueó aquel día las puertas del cementerio, siguiendo el féretro del conde de Lestrivière.

—¡Este sí que podría decir que era querido!—fué la unánime reflexión.

Después de los discursos se produjo un pequeño incidente. Uno de los enterradores, que no estaba muy al corriente de la actualidad y que todavía creía que *Teorema* había ganado, se aproximó tímidamente al barón y le preguntó:

—¿Cuánto paga *Teorema?*

—¡No le da vergüenza!—gritó el barón, y ásperamente reprendió a aquel hombre.

Al día siguiente *El Gran Diario* daba cuenta de las exequias en los siguientes términos:

> Una multitud triste y recogida, entre la que figuraban los nombres más ilustres de la aristocracia, del comercio y de la industria nacionales, acompañó ayer a su última morada los restos mortales del infortunado conde Lardillon de Lestrivière. Se comentaban las virtudes del finado, el horror de un crimen que ha suscitado la indignación de todo París y del Todo París, se emitía la esperanza que esta monstruosa hazaña no quedará impune y que, según la expresión tan justa del simpático barón de Saint Flour, el brazo de la justicia humana se anticipará al de la divina.
>
> Marius Florades, el talentudo barítono que cada noche un público entusiasta aplaude en la Opera, cantó, con su voz cálida y potente, un *Pie Jesu*, que fué escuchado con gran recogimiento por toda la asistencia.